

Ignacio, el santo de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús



MARÍA CRISTINA TORALES PACHECO

Licenciada y maestra en Historia por la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, y doctora por la Universidad de Leiden (Países Bajos). Ha sido académica de tiempo completo en la Universidad Iberoamericana desde 1975 y en ella ha desempeñado los cargos de coordinadora de Acervos Históricos, directora del Departamento de Historia [1983-1992] y directora de Extensión y Difusión Universitarias. Fundó el Archivo Histórico de la Universidad. Actualmente dirige el seminario Mundos hispánico y lusitano en el doctorado en Historia y el Seminario interinstitucional de Historia empresarial para posgraduados. Ha dirigido 25 exposiciones de asuntos históricos. Es miembro de número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, de la Sociedad Mexicana de Historia Eclesiástica y de la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores [SNI], nivel II.

Del pasado y del presente de la Compañía de Jesús



La Compañía de Jesús es la organización más grande de la iglesia católica, por el número de miembros y de obras, para promover en el orbe “la mayor gloria de Dios”. En la Congregación General 36 fue explícito el compromiso “en una misión de reconciliación y justicia” con “tres vertientes: con Dios, con la humanidad y con la creación”.

Es sorprendente cómo en 1751, a poco más de doscientos años de su fundación, en el *Catalogus Personarum, & Domiciliorum, in quibus sub A.R.P.*, publicado

Los jesuitas participan hoy de manera incisiva y proactiva en 90 países.

Tienen a su cargo 2,700 obras, entre las que destacan instituciones educativas que cuentan con el apoyo de 200,000 profesores y personal de apoyo; participan en la formación de 3.3 millones de estudiantes; y tienen 100 millones de egresados.

EL RELATO DEL PEREGRINO

Y él demandaba en Manresa limosna cada día. No comía carne, ni bebía vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba, y, si le daban un poco de vino, lo bebía. Y porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba, y él lo tenía bueno, se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa, de noche ni de día. Y por la misma causa dejaba crecer las uñas de los pies y de las manos, porque también en esto había sido curioso.

Ignacio de Loyola.



Representación de la batalla de Pamplona. Grabado de Pedro Pablo Rubens en *Vita beati P. Ignatii Loiolae, Societatis Iesu fundatoris*. Roma, 1609.

en México en la Imprenta del Real y Antiguo Colegio de San Ildefonso¹, quedó consignado que sus miembros trabajaban en los cuatro continentes entonces conocidos. La Compañía estaba entonces organizada en cinco asistencias: Italia con cinco provincias; Lusitania, con siete; Hispania con doce; Galia, con cinco; y Germania, con diez. Eran 22,642 jesuitas de los cuales 11,345 eran sacerdotes. Atendían entonces 669 colegios, 176 seminarios y convictorios y 274 misiones.

En la Provincia Mexicana había 25 colegios, ocho convictorios y numerosas misiones en el Noroeste (California, Chihuahua, Nayarit, Sinaloa y Sonora). Al observar las edificaciones que han sobrevivido a través del tiempo, podemos imaginar, sentir y valorar la solidez y magnificencia del modelo educativo jesuita que a fines del siglo XVI quedó plasmado en letra impresa en la *Ratio Studiorum*, fruto de la experiencia colectiva.

Los jesuitas participan hoy de manera incisiva y proactiva en 90 países. Tienen a su cargo 2,700 obras, entre las que destacan instituciones educativas que cuentan con el apoyo de 200,000 profesores y personal de apoyo; participan en

la formación de 3,3 millones de estudiantes; y tienen 100 millones de egresados².

Para comprender las dimensiones de esta corporación, su actuar en la sociedad global a lo largo de 489 años y la vigencia de su magno proyecto, conviene aproximarnos a sus documentos fundacionales y a la vida de Ignacio de Loyola.

Textos fundacionales

Mucho se ha escrito sobre el santo³. El propio Ignacio, unos años antes de morir, dictó su *Autobiografía*, que sus compañeros le demandaban como un legado. Consideraban que su actuar cotidiano y la suma de sus conocimientos y experiencias eran referentes indispensables para todos los compañeros en Cristo. Su contemporáneo, el padre Jerónimo Nadal, advirtió que el referir Ignacio los momentos significativos de su vida al jesuita portugués Luis Gonçalves da Câmara “en ninguna cosa podía el Padre [Ignacio] hacer más bien a la Compañía que en hacer esto y que esto era fundar verdaderamente la Compañía”.

EL RELATO DEL PEREGRINO

Estando en este hospital le acaeció muchas veces en día claro ver una cosa en el aire junto de sí, la cual le daba mucha consolación, porque era muy hermosa en grande manera. No divisaba bien la especie de qué cosa era, mas en alguna manera le parecía que tenía forma de serpiente, y tenía muchas cosas que resplandecían como ojos, aunque no lo eran. Él se deleitaba mucho y consolaba en ver esta cosa; y cuanto más veces la veía, tanto más crecía la consolación; y cuando aquella cosa le desaparecía le desplacía de ello.

Ignacio de Loyola.



Cubierta de cobre con el emblema de la Compañía de Jesús, de la pila bautismal de San José Temeychi, Chihuahua. Fotografía del maestro Zacarías Márquez. Chihuahua.

Ignacio, de endeble salud, consideraba más que cumplida su misión con la fundación de la Compañía de Jesús y la escritura de dos breves textos que fueron aprobados por la Santa Sede: las *Constituciones* y los *Ejercicios Espirituales*. Sin embargo, el padre Jerónimo Nadal le insistía en la importancia de escribir su *Autobiografía* y tras algo de resistencia, aceptó compartir en varias conversaciones con el padre Luis Gonçalves da Câmara, lo que consideró más esencial de su vida.

Ignacio, de endeble salud, consideraba más que cumplida su misión con la fundación de la Compañía de Jesús y la escritura de dos breves textos que fueron aprobados por la Santa Sede: las *Constituciones* y los *Ejercicios Espirituales*. Sin embargo, el padre Jerónimo Nadal le insistía en la importancia de escribir su *Autobiografía* y tras algo de resistencia, aceptó compartir en varias conversaciones con el padre Luis Gonçalves da Câmara, lo que consideró más esencial de su vida. En una de las últimas entrevistas éste le preguntó al santo sobre cómo había escrito los *Ejercicios* y las *Constituciones*. Ignacio le respondió: “que los *Ejercicios* no los había hecho todos de una sola vez, sino que algunas cosas que observaba en su alma y

las encontraba útiles, le parecía que podrían ser útiles también a otros [...]” En relación con las *Constituciones*, Gonçalves da Câmara nos dice que: “el modo que el Padre guardaba cuando hacía las *Constituciones* era decir misa cada día y representar el punto que trataba a Dios y hacer oración sobre aquello; y siempre hacía la oración y decía la misa con lágrimas”.

En estos textos Ignacio dejó definido el modo de ser de la corporación jesuita y la espiritualidad que habría de inspirar su ser y quehacer. En su autobiografía y en las cuantiosas cartas que escribió a sus próximos, bienhechores, parientes y hermanos de religión, abrió su corazón. Exhibió su profunda comprensión de la humanidad y su inmensa confianza en la

EL RELATO DEL PEREGRINO

Y aquí se empezó a espantar de estas variedades que nunca antes había probado, y a decir consigo: “¿Qué nueva vida es esta que ahora comenzamos?”. En este tiempo conversaba todavía algunas veces con personas espirituales, las cuales le tenían crédito y deseaban conversarle; porque, aunque no tenía conocimiento de cosas espirituales, todavía en su hablar mostraba mucho hervor y mucha voluntad de ir adelante en el servicio de Dios.

Ignacio de Loyola.



San Ignacio recibe la Bula *Regimini militantis Ecclesiae* de manos del Papa Paulo III. Cristóbal de Villalpando. Museo Nacional del Virreinato, Tepotzotlán, Estado de México.

misericordia de Dios. En las sencillas palabras expresadas con firmeza por Ignacio, en los *Ejercicios Espirituales* y en las *Constituciones*; en sus remembranzas para la escritura de su *Autobiografía* y en las dictadas para sus misivas, es posible identificar las claves de comprensión del rápido crecimiento y expansión transcontinental de la Compañía de Jesús en vida del santo.

Ignacio adquirió dominio sobre sí y se transformó en varón sencillo y dispuesto a entregarse a los demás. Capaz de enfrentar la vida con dignidad y, con el apoyo de sus benefactores, emprendió su proyecto de vida “solo y a pie”.

Lo que de su vida el santo distinguió

A manera de invitación a la lectura e interpretación de los textos fundamentales y a la comprensión de su fundador, desde el horizonte del siglo XXI, apunto aquí algunas referencias de lo que de su vida consideró el santo como edificante para sus hermanos en Cristo.

Del espacio donde nació, de su noble cuna, de sus primeros años, nada consideró Ignacio sustancial o edificante para que quedara escrito en el texto de Gonçalves da Câmara. Sólo reveló su origen vasco cuando se refirió a su viaje de Ferrara a Génova y advirtió que lo tomaron preso por considerarle un espía. En una entrevista con el capitán enemigo afirmó que era originario de Guipúzcoa, a lo que el capitán le respondió “Yo soy de allí cerca [...] Llévadle, y dadle de cenar, y hacedle buen tratamiento”.

Después, habiendo llegado a Génova lo reconoció Rodrigo Portuondo, general de las galeras de origen vizcaíno, quien dispuso que lo trasladaran a Barcelona. Le había

EL RELATO DEL PEREGRINO

Había en Manresa en aquel tiempo una mujer de muchos días, y muy antigua también en ser sierva de Dios, y conocida por tal en muchas partes de España; tanto, que el Rey Católico la había llamado una vez para comunicarla algunas cosas. Esta mujer, tratando un día con el nuevo soldado de Cristo, le dijo: “¡Oh! Plega mi Señor Jesucristo que os quiera aparecer un día”. Mas él espantose de esto, tomando la cosa así a la grossa. “¿Cómo me ha a mí de aparecer Jesucristo?”.

Ignacio de Loyola.



Gloria de la Compañía. Anónimo. Pinacoteca del Oratorio de San Felipe Neri La Profesa, Ciudad de México. Aparecen representados los santos que la Compañía de Jesús tenía a principios del siglo XVIII: San Luis Gonzaga, San Francisco de Borja, San Ignacio, San Francisco Javier, Pablo Milki, Diego Kisai y San Francisco de Regis.

Ignacio enfermo, partió a Guipúzcoa para recuperar su salud y de ahí se fue a Venecia donde esperó a sus compañeros. No pudieron trasladarse a Jerusalén por lo que, en Roma, en noviembre de 1538 ofrecieron al Papa Paulo III lo acordado en Montmartre. En los meses de marzo a junio de 1539 deliberaron sobre la formación de la Compañía. El 3 de septiembre el Vicario de Cristo aprobó la fórmula del Instituto y el 27 de septiembre de 1540 expidió la Bula *Regimini militantis Ecclesiae* en la que confirmó la Compañía de Jesús.

visto antes en la corte del rey Fernando el Católico en la que sabemos que, en 1507, Ignacio se introdujo como paje del contador mayor Juan Velázquez de Cuéllar. A la muerte de éste, entró al servicio de Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera, virrey de Navarra.

Ignacio, inició su relato mencionando cómo hasta sus veintiséis años “[...] fue hombre dado a las vanidades del mundo, y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas, con un grande y vano deseo de ganar honra”. En la defensa de Pamplona, asediada por los franceses, el 20 de mayo de 1521 “[...] le acertó a él una bombarda en una pierna, quebrándosela toda [...]”. Su prolongada estancia en la casa de Loyola para recuperar su salud fue el punto de partida de su transformación. “Y la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las

estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor”.

Sus lecturas y sus prolongadas vigiliyas y reflexiones a propósito de las vidas ejemplares de San Francisco y Santo Domingo le motivaron a conocer la tierra santa, en concreto, Jerusalén, y en el tránsito para embarcarse en Barcelona fue remodelando su carácter, sus aspiraciones y su proyecto de vida. Abandonó sus armas, regaló su ropa y optó por vestir tan sólo una túnica confeccionada de tela burda.

A través de los primeros capítulos de la *Autobiografía* es posible observar la transformación de su enérgico y acaso soberbio carácter, afecto a la “vanagloria”, acorde a su nobleza e hidalguía como miembro

EL RELATO DEL PEREGRINO

Perseveraba siempre en sus solitas confesiones y comuniones cada domingo. Mas en esto vino a tener muchos trabajos de escrúpulos. Porque, aunque la confesión general que había hecho en Montserrat había sido con asaz diligencia y toda por escrito, como está dicho, todavía le parecía a las veces que algunas cosas no había confesado, y esto le daba mucha aflicción; porque, aunque confesaba aquello, no quedaba satisfecho. Y así empezó a buscar algunos hombres espirituales que le remediasen de estos escrúpulos; mas ninguna cosa le ayudaba.

Ignacio de Loyola.

de la casa de Loyola, una de las más importantes de la Provincia de Guipúzcoa. Ignacio adquirió dominio sobre sí y se transformó en varón sencillo y dispuesto a entregarse a los demás. Capaz de enfrentar la vida con dignidad y, con el apoyo de sus benefactores, emprendió su proyecto de vida “solo y a pie”.

Salió de la casa paterna para como “peregrino” llevar a cabo el viaje a Jerusalén y en los lugares donde transitó buscó con quién compartir sus experiencias del espíritu y divulgó con su ejemplo las enseñanzas de Jesús. A su retorno a tierras hispánicas decidió emprender sus estudios. Después de intentos fallidos en Barcelona, Salamanca, Alcalá, y Valladolid y habiendo sido en dos ocasiones recluso en la cárcel, se trasladó a París.

Sobresaliente en la Universidad obtuvo su diploma de Maestro en Artes y, en agosto de 1534, estando en Montmartre, él y sus compañeros, “ya por este tiempo habían decidido todos lo que tenían que hacer. Esto es: ir a Venecia y a Jerusalén, y gastar su vida en provecho de las almas; y si no consiguiesen permiso para quedarse en Jerusalén, volver a Roma y presentarse al Vicario de Cristo, para que los emplease en lo que juzgase ser de más gloria de Dios y utilidad de las almas”.

Ignacio enfermo, partió a Guipúzcoa para recuperar su salud y de ahí se fue a Venecia donde esperó a sus compañeros. No pudieron trasladarse a Jerusalén por lo que, en Roma, en noviembre de 1538 ofrecieron al Papa Paulo III lo acordado en Montmartre. En los meses de marzo a junio de 1539 deliberaron sobre la formación de la Compañía. El 3 de septiembre el Vicario de Cristo aprobó la fórmula del Instituto y el 27 de septiembre de 1540 expidió la Bula *Regimini militantis Ecclesiae* en la que confirmó la Compañía de Jesús.

De lo que Ignacio recordó de su vida unos años antes de morir, citamos aquí un párrafo relativo a un momento que él consideró crucial. Durante su prolongada estancia en Manresa entre marzo de 1522 y febrero de 1523, en una ocasión, en su caminar a la vega del río Cardoner:

“Se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado, se le empezaron a abrir

los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que, en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola”.

Estas líneas muy bien pueden sugerir a las universidades jesuitas el año 2021-2022 como un tiempo de reflexión sobre su ser y quehacer a la luz de las experiencias del santo de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. 🙏

¹ *Catalogus Personarum, & Domiciliorum, in quibus sub A.R.P. Societatis Jesu. Paeposito Generali XVI. P. Petro Zepedes Hispaniarum assistente. P. Joanne Antonio Balthazar Provinciae Mexicanae Paeposito provinciali LXVI. Societas Jesu Mexicana pro Gloria Dei ex instituto laborat. Patribus Conscriptis in habilitis Almaetotius Provinciae Comitij dicatus, E. consecratus. Mexici, Ex Raglis, E Antiquioris Divi Ildephonsi Collegi Typographia. Anno MDCCLI.*

² <https://unijes.net/2020/12/07/mapa-universidades-jesuitas/> Consultado el 19 de octubre de 2021.

³ Entre las biografías recientes hay que mencionar las siguientes: Javier Melloni, S. J., *Éxodo y éxtasis. Una aproximación a su autobiografía*, Santander, Sal Terrae, 2020; Enrique García Hernán, *Ignacio de Loyola*, Taurus/Fundación Juan March, Madrid, 2013; José María Rodríguez Olaizola, S. J., *Ignacio nunca solo*, Madrid, Editorial San Pablo, 2009; André Ravier, *Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús*, 1991; José Ignacio Tellechea, *La aventura de un cristiano*, Santander, Sal Terrae, 1996 e *Ignacio solo y a pie*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1986.

EL RELATO DEL PEREGRINO

No hallaba ningún remedio para sus escrúpulos, siendo pasados muchos meses que le atormentaban; y una vez, de muy atribulado de ellos, se puso en oración, con el fervor de la cual comenzó a dar gritos a Dios vocalmente, diciendo: “¡Socórreme, Señor!, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. ¡Muéstrame, tú, Señor, dónde lo halle!; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo hare”.